

Ximena Dávila / Humberto Maturana

LA REVOLUCIÓN REFLEXIVA

Una invitación a crear un futuro
de colaboración

PAIDÓS

CAPÍTULO I

Un convivir insensible y ciego

Antes de la pandemia vivíamos insensibles, ciegos frente a muchas cosas. Una ceguera que no afectaba a nuestros ojos, sino a nuestra mente, a nuestros sentimientos íntimos y emociones, y que se manifestaba de diversas formas. Estábamos insensibles y ciegos en nuestras relaciones con los demás, aunque lo que nos define como personas es ser seres sociales; insensibles y ciegos frente al consumismo, que nos enajena como personas; insensibles y ciegos frente a la importancia de los lazos familiares, de poder tocar a quienes más queremos y abrazarlos. Insensibles y ciegos, incluso, frente a las cosas más simples de la vida; buscábamos, con desesperación, lo extraordinario.

Pero nuestro hábitat, el mundo natural, no es extraordinario: la compleja armonía que nos sostiene es fascinante, sí, pero sobre todo es simple. Un árbol no compite con otro árbol para definir cuál es más fuerte, más alto o cuál logra dominar mejor su

entorno. Al contrario, diríamos que existen y se conservan espontáneamente en una red armónica de sobrevivencia acoplados a su medio.

Los seres humanos, en cambio, competimos y nos destrozamos los unos a los otros —obsesionados con la muerte y con su reverso: la trascendencia—, y en el camino vamos olvidando nuestros lazos con lo natural. El látigo del ego está detrás nuestro, azotándonos con la ambición de ser capaces de controlar todo a nuestro alrededor, porque dejamos de entender y respetar la coherencia armónica de la naturaleza. El miedo al fracaso nos empuja a intentar dominarla, negando la armonía espontánea de nuestra relación con ella y con quienes la habitan. Y en el tránsito perdemos la coherencia con el mundo natural.

Así, vamos construyendo un altar para nuestra vanidad y nos convencemos de que no necesitamos a nadie. Solo a nuestro ego y, tal vez, a algún dios igual de egótico que nosotros...

La pandemia del coronavirus ha sido un espejo para nuestra insensibilidad y ceguera. Nos la ha enrostrado, aunque aún no podamos o no queramos verla. En este último año, la búsqueda de los contagios reveló otras enfermedades enraizadas en nuestras sociedades, que estaban allí desde mucho antes que el covid-19. Nos mostró una pobreza que muchos creíamos que ya no existía. Pero la pobreza, que es un estado de insuficiencia relacional, en donde no existen las condiciones

para vivir en bien-estar, estuvo siempre ahí, frente a nuestros ojos. De hecho, es uno de los resultados más evidentes de nuestra cultura egótica de apropiación y acumulación. Es hija de nuestra insensibilidad y ceguera. ¿Cómo es que esta niebla se posa sobre nosotros? Los seres humanos surgimos en el lenguaje, con todos nuestros sentires íntimos en armonía, pero luego dejamos de respetar esos sentires y aparece el control. Si me muevo en armonía con el mundo lo habito, pero no lo exploto; lo cuido, porque admiro su coherencia. Pero si impongo un nuevo orden sobre él, si quiero tener *poder* sobre él, esa armonía comienza a resquebrajarse.

No siempre fue así, claro, o no siempre fue así en todos lados: hace unos siete mil años, en las tierras de Europa que regaba el Danubio, entre los Balcanes y la región Egea, habitaron las culturas matrísticas. Sabemos de ellas gracias al trabajo de la arqueóloga y antropóloga lituano-estadounidense Marija Gimbutas, quien las recuperó de la tierra: debajo de culturas patriarcales, nómades y guerreras posteriores, encontró los restos de pueblos más antiguos que habitaron esa parte de la Tierra durante milenios, en los cuales no había diferencias entre hombres y mujeres. Sus miembros eran sedentarios y agrícolas y participaban de un modo de vida cooperativo, en donde la presencia de la figura femenina representaba una conciencia no jerárquica del mundo natural, con el cual los seres humanos participaban en una relación de confianza, no

ordenada a través del control autoritario. Esas culturas agrícolas adoraban a la Gran Diosa o Diosa Madre, similar a la *Pachamama* andina. Cuando esta visión de mundo fue reemplazada por la patriarcal, que tiene que ver con el control y la dominación, la búsqueda del poder y del sometimiento, nuestra relación con el planeta comienza a entrar en crisis.

No tenemos un registro claro de cómo sucedió este cambio, pero podemos establecer algunas cosas. La Gran Diosa o Diosa Madre de las sociedades matrísticas —representada anatómicamente como una madre en sus utensilios rituales— estaba relacionada con el cultivo de la tierra. Una tierra que era, por lo tanto, venerada y respetada. La mujer era diosa, generadora de vida, descubridora de la semilla y de la agricultura, desde una mirada armónica con el entorno. Pero en algún momento esa armonía se rompió, y la *psiquis* humana se orientó hacia la intervención y búsqueda del control del medio que nos rodea. Desde ese punto, todo valió para el hombre: apropiarse de territorios, desplazar y eliminar a las especies con las que convivía, romper ecosistemas para instalar cultivos no armónicos, devastadores a largo plazo.

Ese cambio en la *psiquis* humana se mantiene hasta hoy, en las decisiones que tomamos. En Chile, a partir de la pandemia, hemos visto aparecer pumas en las ciudades. Ante eso, hay dos actitudes *psíquicas* posibles: matar al animal porque es un peligro para nosotros, o intentar devolverlo a su entorno en la montaña,

de manera no violenta. Si lo capturamos y hacemos un rito para devolverlo al mundo natural, estamos viendo la situación desde una emoción de coherencia con el mundo natural y de respeto. Si lo capturamos y lo matamos, nuestra conducta mostraría que no deseamos conservarnos en coherencia con el mundo natural, sino que actuamos desde una *psiquis* centrada en el control, el poder y el sometimiento, como un modo fundamental de relacionarnos.

Cuando dejamos de sentirnos parte del mundo natural se nos hace manifiesta la necesidad de tener poder y control y, junto con ello, el impulso por abusar del otro, porque todo control requiere que otro se someta.

Nuestra evolución cognitiva y biológica también ha jugado un rol en este cambio psíquico. Como sabemos, a través de los milenios el *Homo sapiens* desarrolló lenguajes y estructuras de coordinación extraordinariamente más complejas que el resto de las especies vivas, y eso se vio reflejado en su capacidad de elaborar y manipular instrumentos cada vez más sofisticados. Esa habilidad disruptiva, que en principio no afectaba nuestra relación con el entorno —que nos permitía, incluso, crear elementos para adorar o para preservar la naturaleza— se fue transformando, a través de la historia, en una capacidad que favoreció la manipulación desmedida del entorno natural, la depredación, la acumulación y el exterminio de especies. Los males que lamentablemente habitan entre nosotros hoy.

Existen otras especies animales que también transforman su entorno natural: los castores, por mencionar solo un ejemplo, cortan árboles indefinidamente, pero no pueden reflexionar sobre las consecuencias de lo que hacen. No prevén la destrucción de su bosque. Por eso decimos que son una plaga, aunque esa es una noción humana. Pero en el mundo natural las especies se armonizan entre sí; los osos y los lobos se comen a los castores y se produce la armonía. El ser humano, aunque es capaz de reflexionar, también destruye el bosque, y no hay otra especie que pueda contrarrestar su afán destructor. Esa es nuestra ceguera, y la venda en nuestros ojos es el deseo de *poder*.

Muchas tribus aborígenes, al cazar un animal, realizaban una ceremonia de liberación de su alma, para que esta pudiera reencarnarse. Entendían que la especie cazada debía seguir existiendo en su ambiente, porque de ello dependía su propia existencia. Cuando esos rituales se fueron perdiendo, se rompió la relación con la Gran Diosa o Diosa Madre, que era percibida como generadora y destructora a la vez, porque la semilla para fructificar tiene que morir. Esos ritos eran una invitación a armonizar, pero desde un acto de conciencia, en donde el ser humano respetaba su participación en el mundo como una pieza más del gran puzzle de las especies viviendo en armonía. Al perderse lo ceremonial, que sostenía ese respeto, nos volvimos una plaga: dejamos de reflexionar sobre las consecuencias de nuestros hechos sobre el planeta.

Hoy la invitación es a que intentemos salir de nuestras insensibilidades y cegueras: que volvamos a mirar en dónde estamos. En nuestra historia de primates viviendo en el lenguaje, si volvemos a ser capaces de *ver, dejar aparecer* el mundo que vivimos, si recuperamos una *psiquis* de convivencia en armonía, entonces lo respetaremos y no nos expandiremos sin control. Lo que haremos será conservarlo, en armonía y coherencia, aunque lo transformemos. Por el contrario, si ese respeto sigue perdido, querremos crecer cada vez más y apropiarnos de todo lo que hay en el mundo, hasta destruirlo.

En la experiencia de la vida hay un momento en que vida y muerte se asocian con la regeneración, que surge de la mano de la agricultura, cuando se descubre que la semilla puede ser plantada, y que la planta va a crecer y entregará otra semilla, produciéndose un ciclo de vida. Ese ciclo, como ya vimos, nace en las culturas matrísticas y estaba en el centro de nuestra antigua relación armónica en el mundo familiar. La diosa era generadora y regeneradora a través de la muerte, y no había contradicción en eso: vida y muerte iban juntas y entrelazadas, porque la muerte era justamente la oportunidad de regeneración de la semilla, la oportunidad de la vida. Cuando eso se pierde, cuando no se ve, entonces se empieza a querer controlar y prolongar la vida. Y una de las formas es el poder: la idea de que acumulando y sometiendo voy a lograr una cierta trascendencia, la cual, por supuesto, es ilusoria.

Entonces, nuestra pregunta debe ser: ¿cuál modo cultural de vivir nuestra transitoriedad resulta más armonioso para el vivir de la comunidad a la cual pertenecemos? Una opción, que está en el centro de nuestra ceguera, es enajenarnos en el ego y no darle ninguna importancia a lo comunitario; y la otra es hacer nuestro vivir de una manera armónica con el bien-estar de la comunidad que vive el mismo ciclo que nosotros.

Los modos de vida, sin embargo, son difíciles de modificar. No siempre surgen de nuestra voluntad individual, sino que se arrastran por generaciones. Son aprendidos desde el útero. Algunas madres pueden vivir sus embarazos en paz y en un ambiente de amor, pero a muchas otras les toca atravesar ese ciclo en el dolor, en la violencia doméstica o en el hambre. Esos bebés van a comenzar su existencia de forma diferente, y pasar del útero biológico al útero cultural¹ va a ser doloroso. En su entorno íntimo puede que reciban una acogida en la ternura y en el cuidado, o puede que reciban traiciones: por ejemplo, cuando un bebé no recibe el cuidado y el amor que necesita; o cuando un niño espera a su padre para jugar, porque se lo ha prometido, y este jamás llega.

Así, un modo de vivir que es aprendido por los niños y las niñas y es traspasado de generación en generación se transforma en un linaje *psíquico* y biológico,

1. Dávila y Maturana, *Historia de nuestro vivir cotidiano*, Paidós, 2019.

que se conservará en el cuerpo y en el alma de una generación a otra como un linaje biológico-cultural.

¿Podemos transformar en nuestro presente el linaje que heredamos? La respuesta es sí. Si deseo transformar mi modo de vivir porque me genera mal-estar y dolor en este presente puedo hacerlo siendo consciente de cambiar mis conductas. Y si soy consistente y coherente con ese nuevo modo de vida que nos genera bien-estar, este será aprendido por los niños y niñas desde que nacen, y si luego se conserva en sus hijos e hijas, ese modo de vida se habrá comenzado a conservar de generación en generación como un nuevo linaje.

Hemos tenido el privilegio de conocer muchos testimonios de personas que luchan a diario por cambiar sus linajes. Por nombrar solo uno, conocimos el caso de una mujer que recibió un gran caudal de violencia cuando era una niña. En su casa era golpeada y su madre en momentos de desesperación solía llevarla al borde de un río cerca de donde vivían, donde amenazaba a ella y a sus hermanos con empujarlos o saltar con ellos. Hoy, en el deseo de no repetir esa historia de dolor con su familia y en particular como mamá con sus hijos, buscó una ayuda terapéutica que ha sido larga y profunda, y ha encontrado la forma de proteger a sus propios hijos de ese pasado: los cuida, los educa en el amor y en la empatía con los demás, porque no quiere que ellos experimenten la vida que le tocó a ella y a sus hermanos vivir. Está dañada por esa niñez, tiene que trabajar constantemente por la herencia que

recibió, pero entiende que está cambiando su linaje: sus hijos están recibiendo un modo de vivir diferente. Como dijimos antes, ningún bebé nace con una forma de vida en desarmonía con el entorno natural; los niños de todo el mundo se interesan por los animales y por el medio ambiente, de hecho, suele ser una de las primeras cosas por las que sienten empatía. La distancia que nos lleva a nuestra ceguera es cultural. Las preguntas que deberíamos hacernos, si tomamos la decisión de traer vida al mundo y de formarla, es cómo estamos educando a nuestros niños y niñas y cómo nos relacionamos, en el mundo adulto, para guiar esa deriva en una dirección que no sea destructora de su mundo. Cada ser humano es generador del mundo que vive.

Esta pandemia nos ha dado un mensaje crudo, urgente. Nos ha dicho a todos: mírense. ¡Miremos el calentamiento global, que ya empieza a destruir los ecosistemas!; ¡miremos lo contaminada y enferma que tenemos a la Tierra, a Gaia, nuestro propio hogar! Miremos el mundo a nuestro alrededor, porque se está agotando. Miremos el crecimiento exponencial de la población, que es la más grande amenaza que toca nuestra puerta, y que no hacemos nada por detener. No se trata, por supuesto, de no traer más vida al planeta, sino de hacerlo de forma responsable, diseñando mejores programas de educación sexual, facilitando todos los métodos para evitar el exceso de embarazos. Todo eso nos está diciendo que tenemos que recuperar

la armonía con el mundo natural con lo que hacemos y las decisiones que tomamos en una actitud de vida en nuestro modo de vivir.

Debemos revisarnos y preguntarnos, en nuestra familia y en nuestro grupo social, cuáles son las cosas que queremos conservar, qué presente queremos vivir, de modo que ese vivir lleve a la recuperación de la armonía con el mundo natural. Hacerlo solo puede ser una elección consciente. Ninguna ley ni autoridad podrá forzarnos a salir de nuestra insensibilidad y ceguera colectivas. Somos nosotros los que podemos generarlo, en la medida en que reflexionemos y actuemos de acuerdo con ello. Entonces, tal vez podamos abrir los ojos y de verdad sentirnos y vernos otra vez.